

Por esta fecha, días más, días menos, murió en Santiago el actor Alejandro Flores, del que muchos penquistas viejos deben acordarse. Y las damas también, porque tenía un número grande de admiradoras aquí y en la quebrada del ají. Desdubierto como intérprete "tiene madera de actor", dijo por el crítico y también historiador, Aurelio Díaz Meza, Flores comenzó una carrera triunfal en los escenarios en los años 20, cuando la plata valía y no se andaba tanto "al tres ni al cuatro", como ahora.

Cuando falleció, en 1962, ya había comenzado de frentón su ocaso. En todo sentido, porque fue un hombre que ganó y perdió mucha plata. Lo que ganaba en las tablas, lo perdía en las mesas del casino del "tío" Joaquín Escudero, en Viña, o en Punta del Este, en Uruguay, o en la punta de donde fuera, porque era "buenazo para la timba". En Concepción, hizo unas memorables temporadas en el teatro del mismo nombre, y le dispensaron su amistad desde el Rector Enrique Molina para abajo. Todo el mundo quería recibirlo en su casa y homenajearlo. Los "malas lenguas", decían que el serio filósofo que fuera don Enrique se pintaba hasta lunares en la cara para parecerse al comediante. ¿Verdad o men-

El Mirador

Por Quevedo

ra? Lo cierto es que existió, sí, una buena relación entre ambos.

Yo era cabro espinillento cuando lo vi en ese escenario, por el 48, sí, por ahí debe haber sido, representando "Aló, aló, número equivocado", del periodista Julio Asmussen Rivera, del diario "El Mercurio" de Antofagasta. Era una comedia de equívocos bien graciosa y que había sido el éxito de la temporada santiaguina. Trabajaban con él, en esa obra, que era bien graciosa y con situaciones "audaces" para ese tiempo, la actriz Gloria Lynch y Pepe Rojas. La primera, tenía cierta popularidad porque, muy buenamoz, había actuado en algunos papeles secundarios en películas mexicanas, y el segundo, era bien requete contrapopular por sus cuecas y sus giras en los teros-carpas de la época, que organizaba la Dirección de In-

formaciones y Cultura, una dependencia gubernamental creada para eso y que dirigía el periodista y político Ricardo Boizard. Este Ricardo era de los primeros falangistas. Fue diputado por la zona vinera y, cuando ganó Eduardo Frei Montalva, lo designó su embajador en Yugoslavia. Muy dinámico, Boizard, que tenía una cara de cura increíble, creó, porque de él fue la iniciativa, el noticiario cinematográfico DIC, que se hacía semanalmente y que se daba en casi todos los cines del país.

Pero me estoy apartando de Flores. En una de sus giras a Concepción, trajo un perrito regalón, el "Copito", que tuvo la mala ocurrencia de enfermarse en medio de la exitosa temporada. Como si se tratara de un niño, Flores dejó botados a sus compañeros y partió con su quiltro de raza a la capital para que lo curara un veterinario "de nota". Sus compañeros salieron a la siga suya y lo demandaron al Juzgado del Trabajo. Hasta allí llegó muy indignado el actor, que cuando vio a los demandantes les dijo: "Mientras más conozco a los hombres, más quiero a mi perro". Pero como la frase no tenía nada de original, el Magistrado le aplicó su guapa multa, sin derecho a apelación. Y colorín colorado, este cuento sobre Flores se ha acabado.

Hora 12, Concepción, 5-7-1994 p.7.

El mirador [artículo] Quevedo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Quevedo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El mirador [artículo] Quevedo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile